

Lo que nos han contado sobre el clítoris

**Historia y anatomía política
de un órgano desconocido**

Sylvie Chaperon y Odile Fillod

Lo que nos han contado sobre el clítoris

**Historia y anatomía política
de un órgano desconocido**

Traducción de Magalí Martínez Solimán

EDICIONES CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Feminismos

Consejo asesor:

Paloma Alcalá: Profesora de Enseñanza Media
Nerea Aresti: Universidad del País Vasco
Asunción Bernárdez: Universidad Complutense de Madrid
Mariángeles Durán: CSIC
Teresa Ferrer: Universitat de València
Ana de Miguel: Universidad Rey Juan Carlos
Alicia Miyares: UNED
Isabel Morant Deusa: Universitat de València
Laura Pérez Ortiz: Universidad Autónoma de Madrid
Verónica Perales: Universidad de Murcia
Concha Roldán: CSIC
Nuria Romo Avilés: Universidad de Granada
Margarita Soler: Universitat de València
Amelia Valcárcel: UNED

Dirección y coordinación: Alicia Puleo, Universidad de Valladolid

Título original de la obra: *Idées reçues sur le clitoris (Histoire et anatomie politique d'un organe méconnu)*

1.ª edición, 2024

Diseño de cubierta: aderal

Ilustración de cubierta: Verónica Perales Blanco

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Le Cavalier Bleu Éditions, 2022

© De la traducción: No Gaps Project, S. L. / Magali Martínez Solimán, 2024

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2024

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Depósito legal: M. 15.130-2024

I.S.B.N.: 978-84-376-4814-9

I.S.B.N.: 978-84-1118-245-4

Printed in Spain

Introducción

¿Por qué escribir este libro? ¿Acaso no se han abordado ya profusamente en los últimos años las creencias comunes sobre el clítoris y no se han erradicado debidamente las que eran falsas?

De hecho, hemos admitido que el clítoris no es únicamente el pedacito de carne, visible en la parte superior de la vulva, que creíamos conocer, ni la especie de haba que figura en algunos libros de texto, que presentan un corte sagital de la zona pélvica. Sabemos que tiene una amplia parte oculta. Su cuerpo, formado por dos cuerpos cavernosos que lo hacen eréctil, prolonga su glande en línea recta y luego se adentra por delante de la sínfisis púbica, antes de separarse en dos mitades para formar sus pilares, fijados a las ramas isquiopúbicas de los isquiopúbicos. Consta además de dos bulbos que también están formados por tejidos eréctiles, colocados a caballo entre la uretra y la vagina, unidos a su cuerpo a través de un plexo venoso y situados delante de sus pilares.

En cuanto a su historia, que hoy ya ha sido reescrita, desmiente la idea de que la ciencia estudió el clítoris con objetividad y acumulando conocimiento. Marcada por el desprecio,

el desinterés o, por el contrario, por la demonización, esta historia lleva el sello de la dominación masculina. Según una literatura ya bien establecida, su estudio científico no comienza hasta el Renacimiento, con Realdo Colombo, que, cual Cristóbal Colón del cuerpo femenino, se propone descubrir este órgano que obviamente las mujeres conocen; Gabriel Fallopio le disputa, igual de ridículamente, este descubrimiento; el clítoris cae varias veces en el olvido antes de ser redescubierto, y desaparece durante un tiempo de los libros de anatomía (e incluso de los diccionarios); una de esas desapariciones se debe a Freud, inventor del mito del orgasmo vaginal; la medicina occidental lo ha hecho responsable de diversos males, como la histeria, la epilepsia o incluso la homosexualidad, y ha recomendado e incluso practicado de forma masiva su ablación; ha habido que esperar a que dos mujeres tomaran cartas en el asunto, ayudándose con técnicas de imagen modernas, para que se descubriera su verdadera forma y tamaño (en 1998, gracias a Helen O'Connell) y por fin se explorara su papel en el placer sexual (en 2008, gracias a Odile Buisson). Este relato, que se repite en múltiples obras, artículos y otros soportes de divulgación dedicados al clítoris desde que el conocimiento de su anatomía se difunde entre el público en general y que, al mismo tiempo, trata de devolverle el lugar que merece y de explicar el hecho de que su desconocimiento siga siendo generalizado a principios del siglo XXI, este relato, pues, es en gran medida erróneo.

Al mezclar, como suele pasar, lo verdadero con lo falso, haría falta no solo matizarlo, contextualizarlo y darle complejidad, sino también corregir sus mil y un errores o aproximaciones engañosas, a veces presentes en la literatura académica. Sobre el clítoris circula cierto número de creencias comunes —que a veces se contradicen entre sí— que teníamos ganas de comentar o de deconstruir. No podíamos ni abordarlas todas ni corregir con la precisión necesaria todos los errores que hemos detectado, porque, de haberlo hecho, este

libro sería un aburrido catálogo. Al seleccionar algunas de las creencias comunes antiguas y recientes, hemos abordado de paso muchas otras, como quien no quiere la cosa. Este libro, fruto de investigaciones realizadas hace tiempo, cada una por su lado, también nos ha brindado la oportunidad de proseguir esta labor juntas. Contiene por ello elementos inéditos que ofrecemos aquí en primicia.

Clítoris significa «llave» o «ladera»

Del griego clásico, κλειτορίς, *kleitorís* («ladera»); *clitoris* es también la palabra en griego para «llave», que indica que los antiguos anatomistas lo consideraban la llave de la sexualidad femenina.

Wikipedia, consultado
el 13 de agosto de 2023

Con escasas variantes, el «clítoris» se llama así en turco y en todas las lenguas europeas modernas. Se sabe que la palabra procede del griego κλειτορίς (*kleitorís*), pero sobre su etimología, sobre aquello que designa exactamente y sobre sus sinónimos históricos, circulan informaciones contradictorias.

La palabra aparece en francés a través de la literatura médica¹, después de que los anatomistas del Renacimiento la reintrodujeran a partir del léxico griego clásico. Antes de ello,

¹ Véase un interesante comentario etimológico del término en <https://diciomed.usal.es/palabra/clitoris>, consultado en octubre de 2023 (*N. de la T.*).

la lengua francesa disponía para designar el clítoris del término *landie*, procedente del latín *landica*, cuyo significado etimológico es «pequeño glande» (Gellérfi, 2017; Hamblenne, 1989). Ambroise Paré no introduce realmente la palabra en la lengua cuando señala que «Falopio le otorga el nombre griego *Cleitōris*» (1579, I.2, pág. CXXX). Jean Liébault, en cambio, en su popularísimo tratado de ginecología, cita «el clítoris del que los recientes anatomistas han hablado» y la parte que «Falopio [...] designa como Clítoris» (1598 [1582], págs. 488 y 511). El diccionario de Cotgrave de 1611 recoge la entrada «clitoris» en lengua francesa, y señala su ortografía alternativa *clytōris* (págs. 203 y 205).

El primer texto que contiene la palabra κλειτορίς —para hablar con precisión, su acusativo singular κλειτοριδα [*kleitorida*]— es el tratado de anatomía de Rufo de Éfeso escrito en el siglo II d.C. (§ 111-112) y, a excepción de los léxicos posteriores, ningún otro texto antiguo conocido la incluye. Según Rufo, es una de las denominaciones de un «pequeño fragmento de carne musculosa» que cuelga en medio de la «raja» de las mujeres. Esta palabra jamás designó otra cosa en griego que no fuera una parte de la vulva. En particular, nunca tuvo en griego clásico el significado de «llave» ni de «ladera». Tampoco es el nombre de una piedra. Esa piedrita que supuestamente se lleva en la oreja en la región del Indo, denominada κλιτορίς (*klitoris*) y procedente de una montaña local llamada «deseo», se cita exclusivamente en un imaginativo texto anónimo sobre el origen de los topónimos y de los nombres de las piedras y las plantas (Pseudo-Plutarco, 25.5).

Rufo no dice nada de la etimología de la palabra, y se limita a señalar que κλειτοριάζειν (*kleitoriazēin*) hace referencia a «acariciarse de forma lasciva» el clítoris. A finales del siglo II, el lexicógrafo Julio Pólux de Náucratis señala también, sin emitir juicio alguno, que κλητοριζειν (*klētorizein*) alude a acariciarse el Κλητορίς (*klētoris*); lo hace en su *Onomasticon* (l. 2, s. 174), cuya primera edición impresa en Venecia en 1502

utilizaron los anatomistas del Renacimiento para «depurar» el vocabulario anatómico (Klairmont-Lingo, 1999). En 1552, Craso, en su traducción al latín del código de Nicetas (realizada hacia el año 900 en Constantinopla), que contiene una copia del tratado de Rufo, escribe también que manipular lascivamente el «clítoris» se dice κλιτορίζειν (1552, pág. 77, la segunda palabra en griego). Esto inducirá al anatomista italiano Falopio a escribir que los griegos ya conocían la κλητορίδα (*klētorida*) y que κλητορίζειν (*klētorizein*) procede de esta (1561, pág. 117). Otros autores inventarán una etimología invertida del nombre del órgano (al tiempo que condenarán moralmente algunos de sus usos), como el médico francés Jacques Duval, que considera que los griegos denominaron «*cleitorida*, término procedente de *cleitorizein*», a esa «partícula que representa la forma de un pequeño miembro viril» (1612, pág. 63), y también el médico holandés Gerhard Blasius, según el cual *clytoris* procede de κλειτορίζειν (1659, pág. 100).

¿Cuál es entonces el origen del término κλειτορίς? Marcel Cohen (1937), especialista en lenguas camitosemíticas, defendió la idea de que el griego lo adoptó tardíamente de una lengua perteneciente a ese grupo, pero ningún helenista retoma su hipótesis, rechazada por Pierre Chantraine, etimólogo de la lengua griega (1999 [1968], pág. 540). De hecho, Cohen cataloga palabras de varias lenguas cuya similitud con *kleitoris* no llama la atención y cuyo sentido es menos preciso, y el vínculo que sugiere con el árabe *qant* («verga del niño pequeño»), lejos de ser evidente, resulta tanto más sospechoso cuanto que el árabe clásico dispone de la palabra *bazr* (بظر) para «clítoris» (Nawas, 2017). Además, la necesidad y la vía de semejante apropiación se antojan dudosas.

En 1953, el filólogo esloveno Milan Grošelj, inspirándose tal vez en un viejo léxico grecolatino en el que el clítoris es denominado *colliculum* («pequeña colina»), que por otra parte el autor confunde con el himen (Castelli, 1598, págs. 88 y 289),

propone una hipótesis etimológica que retoma el sueco Hjalmar Frisk en 1960 (págs. 1968-1969). El topónimo arcadio *Kleitōr* supuestamente significa «colina», de modo que *kleitoris*, que sería su derivado, querría decir «pequeña colina». Esta hipótesis debe descartarse porque se ha comprobado que *kleitōr* solo existe como nombre propio, y la ciudad arcadia que lleva el nombre de su fundador, el rey Kleitōr, se sitúa además en un llano (Vernhes, 2014). La palabra *clitoris* existió efectivamente en latín en relación con esa ciudad, pero solo en su forma genitiva singular de *Clitor*, nombre latino de la ciudad de la Arcadia antes mencionada, que Tito Livio cita en su *Historia de Roma* (L. 39, c. 35).

Para Pierre Tarin, autor de la entrada «Clítoris» de la *Enciclopedia* de Diderot y d'Alembert (vol. III, 1753), no cabe ninguna duda de que la palabra procede de κλειω (*kleio*), «yo cierro». Lo mismo opinan los helenistas Pierre Chantraine (1968), Paul Burguière y sus colegas (Soranos, 1988, pág. 76), Parker (2006) y también Vernhes (2014). La palabra κλεις (*kleis*), que comparte raíz con la anterior, designa algo que sirve para cerrar: cerrojo, pasador de una cerradura, pestillo, llave. Sin embargo, es un error suponer que los anatomistas clásicos consideraran el clítoris como la «llave» de la sexualidad femenina; así, Hipócrates jamás aludió a él como «el sirviente que invita a los huéspedes», contrariamente a lo que afirma una leyenda urbana nacida en Wikipedia en junio de 2006. Aunque procede de *kleio*, la palabra *kleitoris* remite a la idea de cerrar más que a la de dar acceso o invitar. Para Parker y Vernhes, es una derivación femenina (terminada en *-is*) de la nominalización de agente construida añadiendo *-tor* a la raíz *klei*. Así, esta palabra podría designar etimológicamente algo femenino que cierra. Si pensamos en la forma de los cierres antiguos, el clítoris podría haber recibido su nombre por metáfora, pues el glande en el extremo de la vulva podría recordar la pequeña pieza, a menudo cilíndrica o redonda, que apresa la barra del cerrojo.

El uso de metáforas para designar las parte del cuerpo resulta bastante habitual en la literatura médica griega clásica (Skoda, 1988). Durante mucho tiempo, los griegos llamaron al órgano —o mejor dicho su parte visible— *myrton*, es decir, la baya del mirto, una frutilla mediterránea que puede asemejarse al glande del clítoris. Esta denominación metafórica se halla en los poetas Hiponacte y Aristófanes (siglos VI a IV a.C.), como lo subraya en el caso de este último en el siglo X la *Suda*, un diccionario griego (Adler, 1933, μ 1461); también Rufo la cita como sinónimo de *kleitoris*, al igual que lo hacen los lexicógrafos Pólux de Náucratis (*ibíd.*) y Hesiquio de Alejandría (μ 1926 y κ 2917).

La palabra *nymphē*, que se convierte en *nymphe* en francés [y «ninfa» en castellano], sustituye más tarde a *myrton*, tal como señala Rufo y como atestiguan el tratado de ginecología de Sorano de Éfeso en el siglo II y también el léxico de Pólux. Etimológicamente «la velada», la palabra designa entre otras cosas a la joven prometida. Sorano explica que, si se llama así a esa «pequeña formación carnosa», es porque «se disimula bajo los labios como las jóvenes esposas bajo su velo» (Sorano, 1988, pág. 15). De hecho, Rufo señala que el *myrton*, *nymphē* o *kleitoris* también se denomina *hipodermis*, «bajo la piel».

Por su parte, Hipócrates nunca llamó al clítoris *columella* («columnita» en latín), contrariamente a lo que afirmaron Reinier de Graaf (1672, pág. 16) y varios autores franceses posteriores. Además de estar en griego, el corpus hipocrático no contiene de hecho ninguna mención del clítoris. Este error, que ya hizo, tal vez en primer lugar, Girolamo Mercuriale en su tratado en latín sobre las enfermedades de las mujeres (1578, págs. 3 y 159), deriva de una confusión con el tratamiento de las vegetaciones y otras excrescencias patológicas de la vulva descritas en esta obra. Igualmente, aunque se ha llegado a afirmar que al clítoris se le llamaba *cauda* («cola» en latín), esto solo es consecuencia de una confusión con el tratamiento de la *cercosis*, nombre griego de la «enfermedad de la cola» (seguramente

una excrescencia polipósica del cuello del útero que puede invadir la vagina y proyectarse hacia el exterior a modo de cola); dicho tratamiento lo describe Sorano justo a continuación del de la ninfa demasiado larga, y luego Paul d'Égine y sus adaptaciones posteriores en un mismo capítulo. Otra denominación metafórica supuesta del clítoris es *crista* («cresta» en latín), pero su único fundamento es el pasaje de la *Sátira VI* de Juvenal que evoca el tocamiento erógeno de la «cresta» de una mujer, aunque nada indica que la palabra designe el clítoris y no la vulva. Del mismo modo, la expresión «miembro vergonzoso» nunca ha designado el clítoris; el anatomista al que se le atribuye erróneamente lo utiliza para la vulva y para el pene (Estienne, 1546, págs. 314-315), según la tradicional denominación latina *pudendum*.

La transmisión del vocabulario griego a través del latín, el árabe o las lenguas vernáculas conlleva también numerosas aproximaciones y confusiones. Al citar a Sorano, *nymphē* se convierte en *landica* en los textos de Celio Aureliano (siglo v) y Mustio (siglo vi), y luego en *bazr* en los tratados médicos que componen en árabe Haly Abbas (ʿAlī ibn ʿAbbās al-Majūsī), Abulcasis (Abu al-Qāsīm al-Zahrāwī) y Avicena (Ibn Sīnā) en los siglos x y xi. Pero Haly Abbas, que resume mal un pasaje del médico griego Galeno (siglo ii), asimila el *bazr* al conjunto constituido por el clítoris y los labios menores. Constantino el Africano, Gerardo de Cremona y Esteban de Antioquía, que traducen a estos autores árabes al latín entre los siglos xi y xiii, no encuentran el equivalente latino anterior de *bazr*, término que en la mayoría de los casos transliteran; Gerardo de Cremona utiliza *tentigo* cuando traduce el pasaje sobre la ninfotomía de la *Cirugía* de Abulcasis, asimilando de este modo el *bazr* a su erección. Más adelante, a consecuencia de las torpes paráfrasis de los escritos de Galeno, «ninfa» adquiere el significado de «labio menor» en francés: Charles Estienne describe los «repliegues» que, según Galeno, protegen supuestamente la matriz del frío, y diferencia «la parte que los griegos han llamado

ninfa», pero la ilustración adjunta señala unas «pequeñas carnes» denominadas «ninfas» (1546, págs. 312-315). Ambroise Paré escribe luego que las «ninfas» son dos «excrecencias de cuero musculoso» que reciben en su parte central el meato urinario (1561), y Jacques Daléchamps afirma finalmente que «los griegos llaman ninfas» a dos «excrecencias de carne musculosa [...] que rodean a este o lo cubren» (1569, págs. 424-425). Este error dará lugar a que el médico Jacques Duval difunda otra falsa etimología: las ninfas llevan este nombre porque «son las protectoras de los manantiales, al igual que estas partículas lo son del conducto del agua urinaria» (1612, pág. 67). Análogamente, en francés medio, *landie* significa «clítoris», pero el plural, *landies*, designa los labios menores. El diccionario francés-inglés de Cotgrave (1611) ilustra esta vaguedad semántica. El autor ofrece una definición muy imprecisa de «clítoris» (*A Womans Priuities*, que equivale al «sexo femenino»), plantea que «ninfa» designa «también una pequeña excrecencia o pedacito de carne en medio del sexo femenino» (pág. 662), define la *landie* como «la úvula del sexo femenino» y convierte las *landies* en las dos «grandes alas en el interior de los labios del sexo femenino» (pág. 566), ofreciendo por otra parte *landies* y *nymphes* como sinónimos de «alerones grandes» y de «alerón pequeño», respectivamente (pág. 32).

El sentido de «clítoris» en la literatura médica también varía en función del conocimiento de su anatomía. Así, mientras que el *kleitoris* de Rufo designa a todas luces la única parte visible del órgano, la palabra adquiere un nuevo significado cuando Falopio la vincula con el cuerpo y los pilares que la disección ha revelado. Teniendo en cuenta la estrecha relación anatómica y funcional existente entre el clítoris y los bulbos «del vestíbulo», la uróloga australiana Helen O'Connell (2005) aboga por que la palabra designe a partir de entonces al conjunto. Ello tendría más sentido porque los bulbos son los homólogos del bulbo del pene, que se incluye en la desig-

nación «pene». Por su parte, los anatomistas franceses Vincent Di Marino y Hubert Lepidi (2014, pág. 26) sugieren que se conserve el sentido antiguo de la palabra para evitar que se siga hablando del clítoris omitiendo sus bulbos y que se denomine al conjunto «órgano bulboclitordiano».

En definitiva, aunque la denominación del clítoris procede efectivamente de la Antigüedad clásica griega, su transmisión hasta nuestros días ha sido cuando menos azarosa. El relato de la historia de la palabra, salpicado de errores, lleva la huella del desconocimiento del órgano y de «visiones situadas» del cuerpo y de la sexualidad.

El clítoris se descubrió en el Renacimiento

Lo cita por primera vez en 1559 un anatomista veneciano.

CHLOÉ RÉBILLARD, «De quand date la découverte du clitoris?»,
Sciences Humaines, 2016

Bajo denominaciones diversas y con funciones variadas, el clítoris se conoce desde la Antigüedad clásica. Los historiadores identifican tres grandes periodos en el largo desarrollo de la medicina antigua: la medicina hipocrática del periodo clásico, la medicina de Alejandría durante el periodo helenístico y la medicina del periodo imperial.

Durante el periodo clásico, entre los siglos VI y IV a.C., la medicina se aparta poco a poco del culto religioso (rendido al dios Asclepio) para convertirse en un conjunto de prácticas empíricas orientadas a aliviar o curar las patologías. Hipócrates, que nació en la isla de Cos en 460 antes de nuestra era y murió en Larisa, Tesalia, a edad avanzada aunque desconoci-

da, es el más célebre de aquella época. La colección (o el corpus) que lleva su nombre incluye en realidad unos sesenta textos de naturaleza, fecha y autoría heterogéneas. Estos se recopilaron en un periodo posterior, probablemente en el siglo III o II a.C., en Alejandría. En el siglo XIX, Émile Littré realizó una monumental traducción del conjunto en diez volúmenes que sigue siendo una referencia a pesar de los progresos que ha experimentado la filología (la ciencia del lenguaje) desde entonces.

Contrariamente a lo que han escrito numerosos anatomistas, empezando por Reinier de Graaf, en el corpus hipocrático no figura ninguna mención del clítoris. Los médicos hipocráticos, que no asociaban esta parte del cuerpo a ninguna dolencia, no repararon en ella. En cambio, disertaban mucho sobre el útero, responsable de numerosas enfermedades. Los humores (los fluidos corporales, como la sangre o la flema), su circulación en el cuerpo y su calentamiento desempeñan un papel fundamental en esta medicina. Los hipocráticos no utilizaban el concepto de órgano, sino que definían las partes del cuerpo más por su consistencia (compacta o esponjosa) y su forma que por su función. Así, una parte «musculosa» tiene forma de ratoncillo, mientras que un aspecto «lasceroso» indica que es alargado como un lagarto.

Para los médicos hipocráticos, la formación del embrión requiere la mezcla de dos semillas, ambas emitidas en el momento del placer sexual, una de ellas por el pene, la otra directamente en el útero, y ambas retenidas por este último tras la relación sexual. No niegan por lo tanto el placer sexual femenino, aunque tampoco se preocupan por localizarlo en un lugar preciso. En el siglo IV a.C., Aristóteles, en *Generación de los animales*, rebate que las mujeres emitan una semilla como los hombres en el momento del placer, para lo cual argumenta que, en ellas, el lugar del placer (que ni nombra ni sitúa con precisión) no es aquel del que sale la semilla (que se halla en el útero): «El tocamiento produce en ellas placer en la misma

región que los hombres, sin que sea allí donde se emite esta secreción húmeda» (Aristóteles, 2014 [330-344 a.C.], pág. 728).

Durante el periodo helenístico, a finales del siglo IV y durante el siglo III a.C., el centro de la producción científica se desplaza de Grecia hacia el Egipto de los Ptolomeos, a Alejandría, donde el *Museion* (el templo de las musas) y la gran biblioteca agrupan todas las artes y la producción científica conocida. La medicina experimenta entonces grandes progresos gracias a la recopilación de obras y a la práctica de la disección no solo animal sino también humana. La *anatomè* (acción de abrir cortando), de la que procede la anatomía, se desarrolla brevemente en aquella época. Las obras de los médicos más prestigiosos del momento —Herófilo de Calcedonia, fundador de la anatomía, y Erasístrato de Ceos, fundador de la fisiología— han desaparecido, pero otros autores se refieren a ellas, por ejemplo Galeno o el romano Celso en su enciclopedia médica, redactada en tiempos de Tiberio. Es entonces cuando se describen los ovarios, llamados «dídimos» («gemelos») al igual que los testículos, así como los «vasos espermáticos» en los que supuestamente se elabora la semilla. La práctica de la disección humana desaparece luego durante un largo periodo, pues los humanos deben mantenerse a distancia de los cadáveres, considerados impuros. Además, y sobre todo, una nueva secta médica denominada empírica afirma que el conocimiento de los vivos a partir de los cadáveres es imposible debido a la alteración que produce la muerte.

Durante el periodo imperial, la medicina griega mantiene todavía vigente su influencia, encabezada por Rufo de Éfeso, Sorano de Éfeso y Galeno (siglo II), y luego gracias al trabajo de compilación enciclopédica que realizan griegos y romanos, entre ellos Celso o Celio Aureliano. La descripción de la vulva por parte de Sorano es la más precisa:

Las partes externas visibles de la mujer se llaman alas [*ptérygómata*]: siendo en cierto modo los labios de la vagina, son espesas y carnosas; en la parte inferior, terminan en

los dos muslos, y están separadas una de otra como por una raja; en la parte superior, los remata lo que se llama la ninfa [*nymphē*]. Esta última, que forma el comienzo de los labios, se compone de una carúncula de aspecto musculoso;

esta «pequeña formación carnosa», escribe, se sitúa justo por encima de la «otra carúncula protuberante», que es la extremidad de la uretra y se oculta «bajo los labios» (1988 [siglo II], pág. 15). Contemporáneo de Sorano, Rufo ofrece varios sinónimos: «La ninfa, o baya de mirto, es ese pedacito de carne musculosa que cuelga en medio; algunos la llaman *hipodermis*, otros *clitoris*, y se utiliza *clitorizar* para designar el tocamiento lascivo de esta parte» (1879 [siglo II], pág. 147). Esta última observación, que es la única que destaca la sensibilidad erótica de esta zona (y que le da este nombre), caerá posteriormente en el olvido. Por consiguiente, históricamente, la primera mención conocida del clítoris en la literatura médica data del siglo II de nuestra era.

Galeno, cuyos tratados se comentaron y tradujeron (al latín, al sirio, al árabe y a veinte lenguas vernáculas) de manera constante, ejerció más que ningún otro una influencia considerable sobre la medicina occidental hasta mediados del siglo XIX. Galeno otorga una función protectora, y no erógena, a la ninfa, que al parecer considera parte de los labios menores: «En lo relativo a las epíffisis y aditamentos de piel que están al final y en la extremidad de las partes vergonzosas tanto en el hombre como en la mujer, sirven de adorno, belleza y disposición en la mujer, así como para cuidar de que la matriz no sienta frío [...]. Pero, del mismo modo que la úvula o campanilla sirve de defensa al fondo y en el estrechamiento de la garganta [...], eso hace en las mujeres la carne que es propia de su naturaleza, que los griegos llaman *νόμφη*, que cubre el orificio del cuello de la matriz» (1555 [siglo II], págs. 885-886).

El declive de la lengua griega tras la división del Imperio romano conlleva cierto abandono de la herencia hipocrática y

galénica en el Occidente cristiano. Sin embargo, la medicina árabe vive un gran auge a partir del siglo IX, apoyada por los califas. En aquel momento se traduce un gran número de textos griegos que inspiran las obras de grandes sabios como Abulcasis (Abu al-Qâsim al-Zahrâwî), Avicena (Ibn Sînâ), Al-Razi (Râzî) y Haly Abbas (ʿAlî ibn ʿAbbâs al-Majûsî). Estos últimos serán a su vez traducidos al latín en España durante la Reconquista, en Toledo y en el sur de la España recientemente reconquistada, o en Italia, en particular en el siglo XI por Constantino el Africano, retirado en el monasterio benedictino de Montecasino, o en el siglo XII por Gerardo de Cremona. Sin embargo, estos autores, ignorando el término latino *landica*, transliteran el *bazr* árabe (utilizado para traducir la *nymphê* griega) en *badadera*, *batharum* o *albatra*, lo cual acentúa la confusión.

A partir del siglo XIII, en Europa surgen numerosas universidades. La enseñanza de la medicina se cursa en latín y respetando la religión. Los cirujanos y, con mayor motivo, los Barberos (que practican sangrías y pequeñas intervenciones quirúrgicas), mucho menos prestigiosos, tienen un saber notablemente menos erudito cuya transmisión queda garantizada dentro de su comunidad profesional, salvo en Italia, donde médicos y cirujanos cohabitan en las universidades. Henri de Mondeville, que ha seguido las enseñanzas de Montpellier y de Bolonia, es un exponente de ello. Su muerte en 1320 deja inacabada su *Cirugía*, primer tratado dedicado a esta disciplina poco valorada. Su descripción del clítoris se inspira en Galeno a través de los textos de medicina árabe, a su vez traducidos al latín:

[El orificio del cuello de la matriz] se denomina vulva o *cunnum* [...]. Presenta en su parte central una membrana lacertosa que cuelga levemente por fuera y que es denominada [por Al-Razi y/o por Abulcasis] *tentigo*. Existen dos razones para la creación de la membrana: 1.^a para que per-

mita el paso de la orina y que esta no se derrame por la vulva; 2.^a para que, cuando la mujer está sentada con los muslos abiertos, altere el aire que penetra en la matriz, del mismo modo que la campanilla lo hace con el aire que penetra en la boca (1893 [1306-1320], pág. 75). Esta descripción contiene una novedad: la función urinaria, que retomarán muchos eruditos posteriormente (por ejemplo, Jean Riolan).

Ya a partir del siglo xiv, las universidades, y en primera instancia las italianas (Bologna, Padua, Venecia, Florencia), autorizan la disección de cadáveres. Sin embargo escasean los cuerpos (de vagabundos forasteros en cada ciudad o de los ajusticiados), y sobre todo de mujeres. La disección, que supone una carrera contra la putrefacción, se realiza en invierno y dura entre tres y cuatro días. Se comienza por el bajo vientre, cuyas vísceras se corrompen enseguida. Hasta el siglo xvi, la demostración anatómica tiene un valor más de ilustración que de investigación. El *magister* lee a los autores antiguos y señala, mediante un puntero, las partes que va mostrando a medida que el *prosector* se dedica a separarlas. El conocimiento se basa más en la palabra de los padres de la medicina que en la observación directa de los cuerpos diseccionados.

Al mismo tiempo, se lleva a cabo una considerable labor de traducción de las obras conservadas en griego, con lo que se restituye el vocabulario original, despojado de sus equivalentes latinos o árabes. Muy a principios del siglo xvi, dos italianos recuperan la denominación que cita Rufo y le otorgan una grafía en el alfabeto latino, *clitoris*: el anatomista Alessandro Benedetti, en su tratado de anatomía (1502, l. 2, cap. XXIII), y Ludovico Bonaccioli, médico de Lucrecia Borgia, en su tratado de ginecología (1502-1503, cap. I). A principios de la década de 1550, se publican varias ediciones de *Des parties du corps humain* [«Del nombre de las partes del cuerpo humano»] de Rufo, en latín y en griego. Hasta finales del siglo xviii, la grafía fluctuará entre *clitoris*, *clitoris*,

cletoris, clethoris, clithoris o *cleitoris*, antes de quedar fijada en *clitoris* [«clítoris»].

En 1559, en su único tratado publicado el año de su muerte (*De re anatomica*), Realdo Colombo afirma haber realizado un descubrimiento anatómico fundamental. Tras ocupar la cátedra de Cirugía y Anatomía de la Universidad de Padua, enseña por aquel entonces en la Sapienza, la universidad papal de Roma. Afirma que las prolongaciones (*processus*) que parten de cada lado del útero (los ligamentos redondos) «terminan en esa pequeña parte que forma como una bola que domina la punta de la vulva, por encima del orificio por el que sale la orina». Se diría que a Colombo, que supone que el clítoris (del que no ofrece ni el nombre latino ni el griego) está unido al útero, lo que le preocupa principalmente es contrarrestar el argumento de Aristóteles, es decir, de relacionar el placer con la emisión de la simiente en las mujeres, como lo está en los varones. Insiste marcadamente en el placer que proporciona esta «bolita» ligada a la matriz: «Y es esta, queridísimo lector, es ella en particular la que constituye la sede del deleite de las mujeres mientras estas practican el acto venéreo» (pág. 243). Observemos que Colombo se basa en varios experimentos: por un lado, la disección, que según él revela estas «prolongaciones», y, por otro, los tocamientos a mujeres vivas: «En efecto, no solo si se frota con el miembro, sino incluso si se toca con el meñique, ahí brota la semilla, más veloz que el viento, y de esta manera sale bajo el efecto del placer, aun cuando ellas no quieran».

A este descubrimiento, que denomina *amor veneris* o *dulcedo* [*veneris*] («amor o dulzura de Venus», es decir, el acto sexual), se opone por partida doble Gabriel Falopio, anatomista de gran relieve, en su obra *Observationes Anatomicae*, publicada en 1561 en Venecia. Por una parte, refuta que los ligamentos del útero se unan a él. Por otra, indica que el órgano ya era conocido por los griegos con el nombre de κλητορίς (*kletoris*) y afirma haber sido el primero en diseccionarlo: